

Preámbulo a una versión 2.0

Y ahora me doy cuenta de que regresar es irse.
María Luisa Elío.

En 2014 publiqué dos libros y salieron casi al mismo tiempo. *El gabinete de Fausto. "Teatros" de la escritura y la lectura a un lado y otro de la frontera digital*, que fue escrito a cuatro manos junto a Fernando R. de la Flor, y la primera edición de *Escrituras para el siglo XXI. Literatura y blogosfera*. La propuesta de revisar y actualizar ese libro pensando en su décimo aniversario suponía un reto: volver a leer una investigación extensa sobre una forma literaria vinculada a un espacio tan voluble y dinámico como el digital. Entré en él pensando, sobre todo, en cómo habría que plantear de nuevo algunas cuestiones de fondo, actualizar datos y comprobar si lo que había dicho entonces seguía siendo relevante ahora. Todo ello cuando nos situamos en torno al 25.º aniversario del nacimiento de la noción de una web 2.0.

Desde luego, revisar y estudiar los datos estrictamente cuantitativos ha sido un desafío mayor en muchos momentos, puesto que en múltiples ocasiones no se podían hacer comparaciones directas. En algunos casos, las organizaciones que auditaban o alojaban plataformas han dejado de existir o han cambiado por completo; en otros, las empresas que antes hablaban de usuarios y páginas ahora prefieren hablar en métricas diferentes (como volumen de ingresos). Ha sido importante extrapolar y llegar a conclusiones, pero algo quedó claro desde relativamente pronto: la blogosfera no es la que era, pero sigue muy viva y sana, con millones de sitios en la red, muchos más que hace diez años. Ha cambiado, como cambia todo, y también han cambiado muchos de sus usuarios.

Esto significa que ha habido un extenso trabajo de revisión de datos que en muchos casos ha servido para llegar al mismo destino, puesto que tanto el trabajo previo como las pronosis lanzadas eran correctas. Eso sí, ahora validadas con la perspectiva que da el tiempo. Y un trabajo de

detalle para mantener el foco en la blogoficción como la forma literaria que supuso el punto de inflexión en el paso a este siglo para la literatura digital, una literatura que se abrió más allá de la experimentación formal y técnica que se había dado en los años precedentes para abrazar una normalización, un momento en el que la web 2.0 se democratizaba no solo en cuanto al internauta, sino también en cuanto al literato. Sin la popularización de la blogosfera es difícil imaginar un paso hacia la consolidación a las redes sociales, a WattPad (y afines), y a tantos espacios digitales que hoy en día nos son habituales (como TikTok) y tantos otros que han desaparecido (como Tuenti, Google+ o Vine). Del mismo modo, los servicios de mensajería que proponían huir del SMS para abrazar la conexión a internet, como Telegram o WhatsApp, han ido creciendo en ambición.

Como ya señalaba entonces, la red social estaba captando ya de forma definitiva al público esencialmente extimista, a todos aquellos que usaban un blog para contarnos su vida personal. El *blogstar* de entonces es el *influencer* de ahora, y eso es como pretender que hay algo de fondo e interés en que Elon Musk se empeñara en rebautizar Twitter como X (y nosotros nos empeñamos en llamarlo Twitter como quien sigue hablando del Pryca). Cambia el nombre y en vez de poner un texto y unas fotos, ahora cuelgan mus microvídeos, pero las estrategias y características fundamentales son las mismas. Las blogoficciones se han desplazado, como esas seudocelibridades, a las redes sociales, de tal forma que su esencia sigue vigente y sus características esenciales más que vivas, pese a que ya no estén tanto en un blog personal como en un perfil en una red social.

Todo esto es un proceso normal que ya preveíamos: la creciente ubicuidad de la red se ha confirmado e internet ya no es algo a lo que entramos desde algún lugar o en un momento determinado, es algo que nos rodea constantemente con los móviles. Y estos móviles tienen cámaras y micrófonos, y conexiones ultrarrápidas, que han dado todo el peso del mundo al contenido audiovisual (el que ya tenía en el paradigma previo con la televisión como máximo exponente), por lo que, de forma inevitable, frente a los primeros pasos textuales con limitado peso gráfico o audiovisual de la blogosfera, el vídeo vuelve a ser el rey. Uno de los mejores termómetros para medir esto es YouTube: igual que Twitter ha ido expandiendo su capacidad textual desde los 140 caracteres originales, YouTube permite subir desde hace años vídeos de horas y horas de duración. Que al alcanzar el tope de diez horas se creara un bucle de esa extensión con el clip de He-man cantando “What’s Up” de 4 Non Blondes (que fue creado originalmente por slackcircus y publicado en los foros de *Something Awful* el 8 de mayo de 2005)¹, nos muestra que, por suerte, en internet sigue

¹ El mensaje original en esa comunidad en línea ya no se conserva. El vídeo fue subido poco después de ese debut a YouTube por otras personas como copia del original e incluso varias cuentas optaron por atribuirse la autoría (recortando algunos

habiendo muchas ganas de reírse de todo y no solo bots republicando masivamente *fake news*. Por si alguien lo dudaba, en el mejor espíritu de la época, los creadores de la parodia original lanzaron (también en 2005) un blog que firmaba el mismísimo Príncipe Adam llamado *Adam's Fabulous Secret Journal*, pero que ha sucumbido al paso del tiempo.

Durante estos diez años he seguido trabajando en muchas formas de literatura digital, incluyendo memes, Twitter, *greentexts*, poesía interactiva, realidad virtual... Y durante estos diez años han seguido muchas veces haciéndome las mismas preguntas que en los diez años anteriores, y algunas nuevas. Las nuevas se basan, muchas veces, en la muerte del blog (no estaba muerto, estaba de parranda) y en la extinción de las formas escriturales que surgieron en su esfera. Como si la blogoficción, en sí misma, no fuera la perpetuación de tradiciones como las de la novela epistolar, el falso diario personal o la literatura de cordel. Como si optar por crear un perfil en una red social, inventar un personaje y contar su historia fuera esencialmente diferente a hacerlo en un blog. Al fin y al cabo, las redes sociales no son sino la atomización del blog y su (relativa) especialización en algún aspecto, formato o medio particular.

El trabajo de revisión, depuración y ampliación, cuando ha sido necesario, hace que este libro pase de ser un estudio sobre lo que era y estaba siendo a uno sobre lo que ha sido, un libro que puede cerrar sus páginas no con la incertidumbre de si su mirada al futuro iba a ser correcta, sino con la confirmación de que lo fue. Ha sido importante no dejar que creciera de forma incontrolada e incluso deformante para integrar todos los caminos que no se habían andado entonces y que han sido foco de atención de publicaciones, proyectos y conferencias durante estos años, para no convertirlo en otra cosa que, quizá, no hubiera tenido sentido. Entrar en el texto con la perspectiva de los años ha permitido, también, hacer cambios sutiles, que se suman a los datos actualizados, y a los epígrafes que han recibido el grueso de las nuevas reflexiones, observaciones y aportaciones bibliográficas, sin falsear los contenidos originales.

Así pues, aunque esta segunda edición bien podría haberse rebautizado con algo como *Escrituras para el siglo XXI. Literatura y blogosfera y redes sociales* o alguna deformación de esa idea, tenía más sentido, creo yo, homenajear la consolidación plena de la web 2.0 presentando una segunda edición indicando, simplemente, que esta es la versión 2.0. Y un guiño a Landow.

segundos al principio y al final), reproduciendo los esquemas de comportamiento clásicos de la viralización de contenidos. Los auténticos creadores subieron el vídeo a YouTube finalmente en 2007. La historia la exponen de forma bastante sucinta en los paratextos de esta versión, que se puede ver aquí <<https://www.youtube.com/watch?v=FR7wOGyAzpw>>.